
A veces, la escritura no es el problema

Eva Margarita Godínez López

Doctora en Lingüística Docente de la Universidad de Guanajuato/
Cátedra UNESCO LEAL.

em.godinez@ugto.mx

Ana María es una chica común que estudió para ser maestra. Específicamente, para ser educadora física. En marzo del año pasado me fue asignada para ser su asesora de titulación. La primera vez que la vi me pareció una chica muy tímida y nerviosa. Extremadamente nerviosa. Para ser una futura profesora de educación física, lo primero que llamó mi atención fueron sus largas, pulidas y esmaltadas uñas, y las líneas sobre el puente de su nariz. Porque he de decir que ella se dibuja de una a tres líneas de diferentes colores –no me pregunten cómo, pero intuyo por qué–. Con el tiempo he aprendido que esos colores cambian según su estado de ánimo, o la ropa que se vaya a poner, y esa es su manera de ser una persona diferente a esas chicas con mallones de marca y tenis de diseñador. Pero bueno, aquella fue mi primera impresión: mi instantánea de Ana María.

Yo supongo que ella también me observó en esa primera ocasión con mucho detenimiento. No sé qué habrá pensado. Y no sé si debo preguntárselo. O sí, tal vez lo haga hoy. En nuestra primera conversación debe haberle sorprendido que yo no fuera educadora física (¡y vaya que se me nota!), pero esa diferencia pudo haberse superado pronto, pues yo no sería su maestra en realidad, sólo su asesora de tesis. Es diferente, ¿no?

En fin, estoy escribiendo estas líneas para ayudarme a pensar en lo que sucedió entre nosotras durante ese cortísimo tiempo. Aquella joven reservada, pacífica, que cargaba consigo una computadora enorme y muy usada, ruidosa hasta el estrépito y con un ratón enorme –pero obediente– enlazado arcaicamente a la raíz de su sistema operativo... Ella, Anita, un fin de semana me entregó una de las tesis más bonitas que he leído en toda mi carrera. Y quiero aclarar que llevo

veinte años en esto y que su campo no es el mío. ¿Qué podría ser más distante que la educación física y la lingüística?

Aquella chica que se equivocaba al teclear cada 2 por 3, pero no por el que –yo creía– era el hándicap de sus dedos, sino porque sencillamente teniéndome a su izquierda, hombro a hombro, no sabía qué esperar, ni cómo recibir lo que yo le decía, ni quién era yo para entender su trabajo. Y, por supuesto, se sentía observada, ¡cómo no!, si yo seguí al pie de la letra el principio del tutor de escritura de sentarme a su lado, no al frente suyo ni detrás de mi escritorio, para mirar mejor, y tratando de entenderla, conducir ese tren bala que se llama la tesis.

Con el paso del tiempo, en un cambio ambiental que sólo puede compararse con la magia o la lluvia repentina, ella comenzó a dominar su tema de investigación de tal manera que prácticamente me arrebató la dirección del trabajo. Antes de seguir, debo decir que ella lo había intentado el año anterior, sin éxito. No ahondaré en el porqué. Ni yo le hice preguntas ni me preocupó, al recibirla, si llevaba algo escrito o no. Sólo me puse a escucharla desde el primer momento, hasta el último momento en que, siempre a mi derecha, me dictaba los títulos de sus figuras y me decía cómo completar una referencia que le estaba faltando.

El periodo anterior a las vacaciones de Semana Santa de aquel año fue crucial. Ana María, sin tener tiempo de pasar por un protocolo, se lanzó sola a levantar los datos de su investigación. A mediados de abril simplemente llegó, a tiempo como siempre, a mi oficina a montar su computadora sobre la mesa, encenderla, comenzar a hacer ese ruido como de ventilador destartalado. Y a escribir, con esas manecitas ágiles, *porque ya traía todos sus datos*. ¡Cómo me sorprendía cada vez su manera de ensimismarse! Al punto de que (a su modo tímido y respetuoso) la sentía casi a punto de pedirme silencio, porque, al escribir, *estaba pensando*.

Quiero que éste sea un testimonio de cómo *a veces la escritura no es el problema*. Ana María tuvo que repetir un año de su carrera y reponer todas sus prácticas porque no encontró quién la acompañara en el proceso de crecer como escritora, apropiarse de su investigación, tomar la seguridad de leer y entender por sí misma lo que dicen otros que han publicado. Perder el miedo a decir lo que piensa. Perder el

miedo a interpretar lo que otros dicen. Atreverse a tomar de allí sólo lo que ella necesita, no repetir las cosas, sino descubrir el sentido de esas normas que sirven para referir: que se sepa que eso lo dicen otros y que esto lo dice ella. No, Ana María nunca tuvo problemas para escribir.

Hoy, por fin, se lo pregunté. Esto es lo que me dijo: Ella llegó a mi oficina, me miró y le entró la duda. Yo nunca había sido su profesora. Claramente, yo no sabía de educación física. ¿Cómo iba yo a retroalimentar sus avances? ¿Y si volvía a fracasar? ¿Y si lo dejaba todo? Pero ya tenía un plazo y mi nombre estaba en el documento que tenía en su mano. ¡*Diablos!*

Con el tiempo, valoro el gesto de atravesar el quicio de la puerta. Nunca había pensado en el valor de ese paso. Nuestros estudiantes, nuestros asesorados, nuestros tutorados, atraviesan la puerta con una nube de pensamientos en su cabeza, con plazos, miedos, con mucha inseguridad, rodeados de incertidumbre. ¿Nos detenemos, acaso, a pensar en esa relación? Quise confirmarlo: yo me empeñé en darle toda la confianza que necesitaba. Al final estuvimos escribiendo juntas. Literalmente. Yo en mi pantalla y ella en la suya, y luego las dos en mi escritorio. Y no hay nada más hermoso por lo que yo haya pasado que esta experiencia en la que estuvimos gestando un texto que a ella la convirtió en maestra y a mí me ha dado una gran lección de humildad.

¿Qué le iba a enseñar yo sobre escribir? ¿Dónde iban los acentos? ¿Dónde va un punto y coma? ¿Cuál es el conector adecuado? No. Me parece que lo que yo pude darle fue, sencillamente, confianza. A veces enseñar a escribir es eso, velar hasta que se levanta el escritor. Hasta que descubra lo que puede hacer. Para mí fue un acto de fe. Yo no sabía lo que podía esperar; jamás le di clase; jamás leí nada de ella; nunca me enseñó unas notas. No tenía un avance. Sólo la escuché. Y ella empezó a hablarme. Al grado de que es ella quien me explicaba, con mucho detalle, el tema de su investigación y lo que significan sus resultados. Esta noche escribo sobre ella porque mañana va a terminar sus conclusiones. Y después de revisar la lista de referencias nuestro trabajo juntas terminará. Estoy segura de que el día de su examen nos daremos un abrazo y nos felicitaremos, pero, por ahora, seguimos sentadas una al lado de la otra.